

¿QUÉ IMAGEN DE HERMANDAD DAMOS?

Celebrábamos las fiestas navideñas y la ciudad engalanada nos mostraba su fisonomía más entrañable y festiva. En aquellos días agitados de idas y venidas donde la mayoría corremos tras la búsqueda de la ansiada felicidad que nunca hallamos, queriéndola atrapar en vanalidades sin cuento, nos decidimos a visitar la ciudad. Era la primera vez que asistíamos a las fiestas de Epifanía en ella. Los aires festivos saturados de fiestas comenzaban a declinar en los primeros días del año nuevo. Nosotros buscábamos con avidez aquellas celebraciones y cultos con que las Iglesias conmemoran aquel prodigio que fue la “Manifestación del Niño-Dios a los hombres”. Queríamos conocer el modo en que las Cofradías celebraban esta fiesta y para ello buscábamos con avidez los cultos preparados para la tarde de aquella Epifanía a fin de introducirnos a través de los sentidos en el mundo de lo sagrado y vislumbrar la grandeza de Dios, aunque sólo fuera brevemente.

Para aquella tarde-noche nos decidimos a asistir a un culto de una Hermandad cuyo principal atractivo consistía en la identidad del celebrante, un humilde franciscano que habíamos escuchado en otras ocasiones y a cuyo lenguaje conciso y directo adornaba una voz cálida y atemperada. Conscientes de que el lugar, un templo céntrico, y el predicador atraería a muchos nos apresuramos a llegar con antelación suficiente para poder encontrar sitio en la iglesia. Presurosos desembocamos en la plaza donde abre el templo su única puerta. Ávidos dirigimos nuestra mirada al hueco en arco de la gran puerta ya copada de gente. “Llegamos tarde” pensamos al descubrir las sombras que ocultaban la luz interior en la zona inferior del dintel. Al llegar a este lugar nuestra decepción fue aun mayor pues el espacio que quedaba libre en ese lugar era exiguo. No obstante nos apresuramos velozmente a coger las sillas que aun quedaban amontonadas en un lado y hacernos un hueco en el escaso espacio libre que quedaba.

Un examen detenido nos hizo comprender que no era el número de personas las ya concentradas allí la causa de la falta de espacio, sino la distribución del mismo, no solo de la iglesia sino del vestíbulo que hace la función de nártex. Se había ampliado el pasillo central que partía de la puerta de la calle y que conducía directamente a los peldaños de acceso al presbiterio con vallas cerradas. También habían dispuesto en el vestíbulo unas sillas formando dos cuerpos a ambos lados del pasillo, continuación de los del templo, cerrados asimismo por vallas de forma que el espacio disponible para quienes no estábamos invitados expresamente sólo era de escasos metros entre la última silla protegida y la puerta de la calle. Se comprendía así que los pocos que habían acudido a aquella temprana hora estuvieran esperando en la misma puerta. No obstante, dirigiéndose a nosotros un hermano encargado del orden, nos manifestó, con sequedad, que no podíamos abrir nuestras sillas pues el lugar que ocupábamos era parte del recorrido de la procesión de entrada. Observándole detenidamente, a él y a otros que se movían rápidamente por la nave de la iglesia y el vestíbulo pretendiendo ordenarlo todo, advertimos que su indumentaria, pese a ser correcta para la ocasión, pues lucía chaqueta oscura y corbata, mostraba un uso palpable que contrastaba con los trajes espléndidamente nuevos de los otros hermanos que les dirigían. Esto nos hizo comprender su posición de asalariados más que de hermanos propiamente dichos.

A medida que los hermanos-invitados iban llegando se les abría un hueco entre las vallas y accedían a sus lugares reservados por el pasillo central acompañados de otro hermano destinado a acomodarlos solícitamente. Entretanto la afluencia de personas no invitadas había hecho ya que no tuviésemos sitio ni siquiera para abrir nuestras sillas, en caso de poder hacerlo. Estando en situación tan incómoda se acercó un anciano a la valla y solicitó le dejaran pasar más adelante. Ante la negativa del encargado del orden el hombre suplicó le dejara acceder pues su salud le impedía estar prácticamente a la intemperie y tendría que irse. Además alegó, “vengo todos los días a misa aquí”; pero aquello no pareció convencer al vigilante y volvió a negarse. Una señora a mi espalda le cedió su silla al anciano mientras los que estaban alrededor dejaban sitio para poder abrirla y el anciano se quedó. Al ver esto, tras algunos minutos de reflexión, aquel rígido guarda accedió a abrir la valla y acomodar más adelante al hombre.

Mientras esperábamos la llegada del celebrante fueron llegando los últimos afortunados invitados con sus esposas elegantemente vestidos. Observé que éstos últimos no hacían además de correr la valla que impedía su paso al llegar sino que esperaban a que acudiera uno de los encargados de orden para dejarles el paso libre y volvía a surgir inmediatamente otro para acomodarles deferentemente. Como si de grandes señores se tratara.

La tensión se hizo patente al acercarse la hora prevista para el comienzo de la celebración. El nerviosismo se manifestaba en todos los encargados del orden y en otros que fueron llegando hasta la puerta de las profundidades de las primeras filas del templo, impecablemente vestidos, que imaginamos miembros de la Junta de Gobierno de la Hermandad, cuando se creyó inminente la llegada del

franciscano. Sus miradas se dirigían hacia la plaza sin reparar en la gente que se agolpaba entre las vallas y las puertas del templo abiertas de par en par.

Cuando llegó el celebrante entró con toda naturalidad. Naturalidad que contrastaba con los gestos y ademanes que mostraban sus anfitriones.

La celebración comenzó con procesión de entrada solemne y majestuosa. Rica en ornato pero no pasó por el itinerario previsto según el cual nosotros tendríamos que apartarnos para dejarles paso.

Las palabras que nos dirigió el padre franciscano giraron como era lógico en torno a un único tema: la Natividad del Señor. O mejor dicho nos habló de aquel Ser recién llegado. Recordó la predilección de Dios por los pobres, los humildes, los desheredados del mundo. Sólo ellos en unión de los ángeles supieron y celebraron aquel nacimiento extraordinario. El mismo Dios nació como uno de ellos. Sin techo. Un pesebre lo cobijaría y ningún poderoso supo de su llegada. Su vida terrenal fue una consecución de actos encaminados a transgredir los falsos valores que la sociedad insiste en reconocer e imponer como verdaderos. El hombre, eje de la acción salvadora de Dios, es lo importante. El hombre, sin reparar en su condición social. El hombre, incluso el malo. Por tanto quienes dicen ser seguidores de Él están llamados en conciencia a transgredir los esquemas injustos sobre los que se sustenta la sociedad eminentemente clasista desde tiempos remotos.

Sus palabras sonaron sino extrañas, sí al menos, chocantes en aquel ambiente extraordinariamente exclusivista.

Contamos todo esto, porque la experiencia de la que fuimos testigos nos sirve para entender mejor la importancia que la imagen de una Cofradía debe mostrar. Las Hermandades, como cualquier grupo cristiano deben demostrar a todos los que se acercan a ellas una disposición de acogida. Por ello debemos afirmar que cuando un culto es público no se puede y ni se debe ocupar gran parte del espacio disponible para reservas de protocolo ni de representación. Indudablemente la imagen descrita durante la celebración navideña es justo la que una Hermandad no debe dar nunca. Entendemos que no es admisible que un grupo cristiano, sea el que sea, muestre, aunque sólo sea en apariencia una actitud contraria a la doctrina de Cristo. Esto es fundamental. Creemos que la necesidad de adoptar fórmulas protocolarias en ciertos actos de especial relevancia, no nos capacita para asumir posturas como las descritas. Pero, y esto es muy importante, no se debe en ningún acto ocupar la mayoría del aforo existente para sitios reservados. Máxime si hablamos de una celebración litúrgica, pues en la asamblea de fieles, el pueblo de Dios, no cabe distinción alguna. Sólo y en atención al resto de los hermanos que conforman la Cofradía los cargos principales deben situarse en el templo en un lugar visible para la mayoría. Esta posición está justificada por la estructura interna de la Hermandad. Porque el Hermano Mayor, cabeza visible del grupo, junto con sus más directos colaboradores representan a la Hermandad. En cuanto a las atenciones mostradas hacia otros representantes que acuden a actos públicos deben efectuarse con extrema discreción, que sólo cabe en agradecimiento sincero por su presencia sin agraviar por su distinción a otros congregados al acto.

Al reflexionar sobre lo vivido durante aquella noche queremos incidir sobre lo que creemos es la causa de posturas tan sorprendentes de los miembros más destacados, no solo de las Hermandades, sino de cualquier grupo cristiano reconocido por nuestra sociedad. Nos referidos al peligro de caer en actitudes de orgullo y soberbia por pertenecer a asociaciones sin ánimo de lucro y eminentemente solidarias, reconocidas socialmente, “con buen cartel”, y ostentar un cargo en las mismas. Actitudes que nada tienen que ver con la alegría sentida de ser uno de los que hacen posible actos beneficiosos para el prójimo. Asimismo creemos que quienes son más susceptibles de caer en este error que no es tal sino pecado, dejémoslo claro, son quienes ostentan cargos dentro de estas asociaciones.

Desgraciadamente hemos comprobado en más de una ocasión las intenciones de muchos al desear un puesto sólo como promoción social. Así no es difícil hallar a quienes sólo encuentras en actos de relevancia “señoreando su cargo”, impecablemente vestidos, pero no, durante las largas horas de preparación de estos mismos actos. Y como somos observados atentamente por propios y extraños, aunque nos parezca mentira, provocamos un rechazo rotundo hacia todo lo relacionado con Cofradías y Hermandades. Este comportamiento como es lógico, daña ostensiblemente a la Hermandad que se dice apreciar y querer.

Hay también, quienes se han dejado arrastrar, quizás por falta de personalidad, adoptando gestos de mando que nada tiene que ver con el servicio que requiere ostentar cargo alguno. Pues esta claro que es un servicio. Servimos; no nos sirven. La asunción de un cargo nos coloca ante la Hermandad en las tareas encomendadas sólo como un “*primus inter pares*”, es decir, el primero entre los iguales. Pero el primero en responsabilidad, sólo en responsabilidad. El significado de la palabra que utilizamos para denominar un puesto de responsabilidad (cargo) es carga. Es decir, asumimos unas tareas concretas “las cargamos sobre nuestros hombros” y nos comprometemos a ejecutarlas durante un tiempo determinado. El tiempo que dure nuestro nombramiento.

Otra actitud errónea y desgraciadamente numerosa es aquella que adoptan muchos de inhibición ante los problemas surgidos en otras áreas ajenas a sus obligaciones. Frecuentemente surge en las Juntas

personas preocupadas sólo por las tareas que les encomiendan los Hermanos Mayores sin importarles siquiera las carencias existentes en otros ámbitos. Y así oímos decir “esto no es cosa mía”. “No es mi problema”. Ante esto tenemos que decir, que todo lo concerniente a nuestra Hermandad es cosa nuestra. Todos los que ostentan un cargo debe procurar que la ausencia del otro no se note.

O peor aún, aquellos que percatándose de las dificultades palpables en otras áreas se limitan a criticar la situación patente en ellas sin ofrecer más ayuda que su posición crítica. Todas estas actitudes son reprobables pues quienes actúan así manifiestan una falsa querencia hacia su Hermandad. Es indudable que no importa para ellos el grupo en el que están. Es patente por tanto, su preocupación por la imagen que ellos dan o quieren dar y no la imagen que la Hermandad debe ofrecer. En consecuencia creemos que no es a la Hermandad a la que aman sino a sí mismos. Ignoran que la Cofradía es un todo indivisible y por tanto si algo falla repercute inmediatamente en todo lo demás.

Otro error grave, es el comportamiento de los cargos de gobierno en otros ambientes ajenos a lo religioso. Viéndose al grupo del que forma parte, más que al individuo. Explicamos esto: Quienes nos encontramos ocupando cargos de responsabilidad estamos destacados dentro de nuestras Hermandades y somos conocidos por la comunidad cristiana de nuestro entorno. Nos identifican inmediatamente con nuestro grupo, nuestra Hermandad. Y así oímos decir, refiriéndose a un miembro o varios de las Juntas, (“Ayer *la Hermandad* ... estuvo en tal sitio, o alegremente festejando ... tal cosa, o Subía la Hermandad ... con un jolgorio ...”) Por todo esto no podemos olvidar que el prestigio del grupo al que pertenecemos, el “saber estar”, lo damos principalmente quienes estamos ocupando lugares destacados en las Cofradías.

La Hermandad, así lo creemos, debe ser un grupo abierto donde todo el que llega debe sentirse acogido con alegría de corazón y en todo momento; Donde se debe comprobar que se trabaja al unísono, en un proyecto común, la Cofradía, y que puede resumirse en la consecución del bien para el prójimo y que es tarea de todos el conseguir este fin.

Todas estas acciones descritas anteriormente son la causa de críticas y rechazos patentes. Y hacen un flaco servicio al mundo de las Hermandades y Cofradías. No es difícil encontrar personas que han contemplado actitudes impropias de quienes ostentan cargos. Y esto unido a la patente indiferencia mostrada por la inmensa mayoría de quienes figuran en las listas como hermanos-Cofrades hacia sus Hermandades, hacen que las mismas no sean tomadas en serio. Incluso diríamos más, fuertemente criticadas y rechazadas. Y por esto mismo oímos afirmar con rotundidad que los cofrades sólo estamos preocupados por el espectáculo que mostramos en nuestras procesiones y nada más. Cuando, todos lo sabemos, la procesión es sólo un acto, sólo uno, únicamente el más público de los muchos que realizamos.

Sólo queremos añadir que nuestras Cofradías no fueron fundadas ni creadas para formar club privados eminentemente elitistas. Ni para servir de trampolín a quienes no encuentran otro camino para ascender en la escala social. Ni para satisfacer actividades creativas de quienes muestran interés por los espectáculos. Ni para ser olvidadas una vez ingresados en ellas sin más obligación, para muchos, que una cuota anual de la que a veces ni siquiera nos acordamos que pagamos.

Queremos concluir afirmando que sus fundaciones pusieron de manifiesto ante la cristiandad un espíritu de hermandad inigualable, sujeto al “mandamiento nuevo” que asombró a las sociedades pretéritas. Ese espíritu fraternal fue tan válido y efectivo que ha permanecido vivo durante siglo. Y somos nosotros los que estamos obligados a conservarlo y transmitirlo. No ha adulterarlo. Y ha hacerlo como nuestros ancestros, con sinceridad y desde el corazón. Es un deber que tenemos quienes lo hemos heredado de nuestros mayores. Porque ese espíritu del que hablamos, es necesario hoy, como siempre, en nuestras sociedades y porque como todo lo esencialmente bueno es importante no perderlo.

Es por tanto necesario recuperar por parte de TODOS LOS HERMANOS la ilusión para reavivar su espíritu fundacional de fraternidad hacia el prójimo y de una profunda y verdadera religiosidad.

María del Rosario de la Chica Moreno